

TESTIMONIO DE UN DISCIPULO

Daniel N. Cárdenas

Esta tarde nos reunimos a conmemorar a una de las lumbreras hispánicas. El profesor don Tomás Navarro Tomás fue un verdadero maestro en el sentido más lato de la palabra. Hoy trataré de examinar las cualidades de este maestro que a tantos infundió interés y entusiasmo por lo hispánico.

Recuerdo que después de varios cursos de literatura, conocía muchos datos concretos, pero aislados, sin coherencia, sin unidad o continuidad. Sólo la presentación de la historia de la lengua por nuestro ilustre maestro pudo poner todo en propia perspectiva y darle la razón de ser a todo nuestro patrimonio literario. Este descubrimiento me ayudó a decidir qué especialidad escoger. Dos o tres entrevistas con el maestro concretaron la decisión.

Recuerdo claramente la conclusión de nuestra conversación de dos horas, al cabo de la cual me dijo: "Bueno amigo Cárdenas, veo que está decidido y lo acepto con los brazos abiertos. De aquí en adelante, no se trata de profesor y alumno sino de compañeros de labor".

No puedo explicar la sensación de intimidad entre el verdadero maestro y el discípulo cuando se basa en compañerismo. Tal era el caso con don Tomás, amado y respetado pero compañero.

Hay muchas anécdotas que revelan su carácter, pero no me ocuparé de ellas hoy. Baste ahora indicar que jamás le fastidiaron en la clase o fuera de ellas las preguntas o interrupciones de poca consecuencia.

Dentro y fuera del aula, fue considerado, medurado y listo a conversar. Su comportamiento siempre fue ejemplar y digno de emularse. Tuvo él una personalidad apacible, tranquila y comprensiva, llena de armonía total con el mundo.

Fue maestro, director, líder, profesor, experto, instructor y sobre todo persona responsable. Pero aún más; fue artesano: moldeó el carácter y dirección profesional de centenares de personas. No sé quiénes y cuántos somos los discípulos que tuvieron la dicha de disfrutar de la enseñanza de don Tomás, pero sí sé que somos obra suya. El árbol da su fruto y se aprecia por su valor, pero el árbol retoña y espera que cada retoño se dé a conocer. Espero que todos sus discípulos podamos diseminar las enseñanzas de don Tomás, aunque no con todo su esmero: sereno, seguro, y siempre lleno de amor.

En este momento en particular, me parece muy extraño como discípulo suyo, que la primera obra publicada de nuestro maestro

haya sido **Las moradas de Santa Teresa** en 1910 y ahora yo dirijo una tesina sobre la poesía de la misma Santa Teresa. Extraño, digo, porque él comienza su carrera con Santa Teresa y tal vez con ella termine yo la mía.

Cuando hablamos de la obra de don Tomás corremos el riesgo de omitir algo. ¿Cómo podemos exaltar lo ya reconocido? ¿Cómo podemos negar lo ya irrefutable?

Gracias al doctor Theodore S. Beardsley, tenemos la bibliografía de don Tomás desde 1908 hasta 1970. Habrá que añadir mucho para completarla. La obra impresa habla por sí misma, pero queda la obra docente, difícil de evaluar.

Para todo estudioso de lo hispánico, don Tomás fue y es el astro que nunca se apaga. De ahí emanan las fuentes lingüísticas hispánicas; cada una sigue su propio camino, pero siempre vuelven a su cauce para fortalecerse y defender su punto de vista.

Cuando las fuentes difieren de punto de vista, don Tomás ni las reprocha ni las amonesta, sino que reconoce su rebaño y lo convence que las diferencias son ópticas aunque se trate de fonología.

Don Tomás nunca quiso que se explotaran, ni su nombre ni sus enseñanzas. Se le quiso homenajear por lo menos en dos ocasiones, pero él se opuso rotundamente, hasta el punto que su íntimo amigo Homero Serís intervino para que se desistiera de tal empresa.

Este es, pues, el testimonio de uno de los discípulos de don Tomás acongojado por la partida del maestro.